



Festival de Creación Literaria

para Niños y Jóvenes



2018

Presentamos los cuentos y dibujos destacados del Festival de Creación Literaria para niños y jóvenes, organizado por la Universidad de los niños de la Universidad EAFIT, el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas y el pregrado en Literatura del Departamento de Humanidades.



Categoría *Gana por Knockout*

14 a 18 años

Ganador

Rinko

Por: Pablo Gómez Mutis
Colegio Leonardo Da Vinci

—Te ves preciosa —dijo Rinko.

Era una noche impresionantemente fría. La escasa luz lunar se escabullía entre los poros color crema del papel de la pared como si estuviese espiando dulcemente a las tres inmaculadas doncellas que yacían sosegadas en el interior de la okiya. Las tres, desprendiendo una delicadeza intachable, estaban paradas sobre el tatami blando del vestíbulo esperando a que la carroza de Naoko llegase.

El señor Yoshida había citado a Naoko hacía ya dos semanas para que lo acompañase durante una reunión con sus colegas. Naoko, la aprendiz más hermosa de todo el distrito, era famosa por su inocencia y por su dulce vulnerabilidad ante las hostilidades de la vida, desconocidas para ella. El kimono azul cobalto que vestía esa noche era de una belleza tan resplandeciente que provocaba admiración y envidia en sus observadores. Ese kimono, reluciente y sedoso, bordado con imágenes de carpas koi que despertaban una suave sensación de sosiego en el que lo veía, resaltaba con suma y exquisita ternura el semblante candoroso e impoluto de Naoko.

—El señor Yoshida quedará fascinado contigo esta noche —dijo Midori esbozando una sonrisa—. Rinko, entrégale su shamisen.

Rinko se acercó a una cómoda de cerezo, barnizada y brillante, que estaba dispuesta al lado de la puerta y asió el estuche del instrumento de Naoko como si se tratase de un artefacto que pudiese romperse con el más mínimo movimiento. Acto seguido, se lo entregó a su propietaria.

La carroza de Naoko apareció en medio de la penumbra nocturna como una bestia encabritada que no sabe a dónde se dirige. Rinko y Midori escudriñaron cómo la figura de la citada se esfumaba en el horizonte como el humo que desaparece contorsionándose en el aire.

—No puedo creer que hayas hecho esto —le dijo Rinko a Midori con una voz ahogada. Ambas seguían inmóviles en el umbral del edificio.

—No actúes como si apenas te hubieses percatado de lo que estaba sucediendo, Rinko —dijo Midori con una voz tan severa que produjo en Rinko una indefensión absoluta—. El mísero hecho de que yo fui la artífice y tú la cómplice no mitiga tu culpa en lo más mínimo.

Midori hablaba de una manera tan definida que pareciese que ya había premeditado sus palabras. Rinko, con los ojos recubiertos por una capa acuosa, volvió al vestíbulo torpemente y se arrodilló en el medio. Midori la persiguió. La tela de sus prendas revoloteaba en el aire llena de gracia como los pétalos de cerezo que planean antes de tocar el suelo.

—¡Tú querías que esto sucediese! —gritó Midori.

—¡No! Tú lo querías. Yo fui solo un pretexto para hacerlo...

—¿Pretexto? —Midori se le acercó aún más a Rinko—. ¿Es que acaso no recuerdas lo que me dijiste la noche que el señor Yoshida te desfloró?

Midori abofeteó a Rinko. Un sonido seco traspasó la pared y se disipó en el exterior. Midori siguió hablando detenidamente, movía la boca bruscamente y dejaba ver sus dientes perlados entre frases

—Naoko... Esa zorra mojugata no tiene ni la menor idea de lo que es ser una verdadera mujer. Su cerebro no tendría ni siquiera la más mínima capacidad de considerar por un momento fugaz cuán malvado puede ser el mundo. ¡Y si su deficiente razonamiento no la va a hacer caer en la cuenta de cómo es el universo, pues que sea el desdeñable señor Yoshida y su lujuria impávida los que lo hagan de una vez por todas!

Rinko quedó anonadada al oír las palabras de su interlocutora, su cerebro se desconectó del mundo palpable por un segundo, sus ojos opalinos quedaron clavados en la silueta voluptuosa cubierta por seda verde pino de su compañera.

—Yo...Yo no quería decir esas cosas, Midori. Y tú lo sabes. Tú sabes que mi enojo me consumió. Naoko es mi amiga. Lo que hicimos está mal, bastante mal, Midori.

—¿Qué tiene de malo hacerle ver a tu amiga el mundo verdadero? Le hicimos un favor.

Rinko se paró lentamente, miró fijamente a Midori a la cara y también la abofeteó.

—¡Debería darte vergüenza llamarla amiga! —gritó Rinko. Su voz azucarada se vio empapada por una amargura fortuita que la punzaba profundamente.

—¡Hija de puta! —Midori empujó febrilmente a Rinko—¿Y es que tú cómo te sentías en los momentos en los que la belleza de Naoko te opacaba? ¿Cómo te sentías cuándo cubría su hipocresía con ese velo barato de candidez? —Midori, imponente como una tigresa hambrienta en medio de la jungla, con su pecho prominente y su vehemencia, dejó salir indignada un par de lágrimas cristalinas por sus ojos que cruzaron sus mejillas como un río que atraviesa una colina.—. ¿No estás cansada de observar cómo todos se embelesan al ver sus ojos ponzoñosos?

—¡Ella confía en nosotras, Midori! —gritó con exaspero—. ¡Desde que nos conocimos ha creído en nosotras! Y tan solo mira cómo la acabamos de llevar a la boca del lobo...

Rinko apartó con decisión de su camino a Midori y se dirigió a la puerta con un brío desencadenado. Midori, embargada por sus impulsos animales, se obligó a sí misma a empujarla con una potencia desmesurada que la llegó incluso a sorprender. Rinko se precipitó intensamente hacia los bordes de madera de las puertas corredizas y se chocó contra estas como un alcastraz que se dispara al océano. Su boca se reventó, su nariz se partió y riachuelos de sangre carmesí se amontonaron entre sus labios y su piel. Ver una cara tan dulce bañada por chorros de sangre daba una sensación similar a la de observar un espectacular cuadro paisajista manchado por tinta china.

Rinko sintió un dolor indescriptible y un desconcierto tan inclemente como un tsunami. Movi6 sus quebradizas manos con un movimiento tan tajante que era posible percibir cómo el aire se bifurcaba, y agarró una tetera de metal con ribetes de oro para luego percutir a Midori en la cabeza con una ferocidad inesperada. El artefacto producía tintineos al chocarse con el cuero cabelludo de la atacada. La boquilla—tal como los dientes de la atacante—se vio mojada por un líquido rojizo que se deslizaba hacia su interior.

Midori se desorientó por completo.

—Eres un monstruo—dijo con los ojos perdidos en el horizonte. Su cabeza giraba elípticamente sobre su cuello—. ¡Eres un monstruo, Rinko! —gritó con un furor inmenso mientras palpaba la sangre tibia que salía de su cabeza—. Te crees bastante pura tratando de solucionar las cosas cuando la leche ya fue derramada. Te crees lo suficientemente noble echándome la culpa y actuando como un cisne indefenso, y ahora... y ahora... ¡¿Qué mierda estás haciendo?! ¡¿Vas a matarme y luego decirle a todo el distrito que yo fui la que envié a

Naoko a la mansión Yoshida?!

Midori escupió sangre sobre el kimono de Rinko mientras encorbaba su espalda. Su imagen era tan enfermiza que Rinko no fue capaz de verla.

—¿Sabes? Ojalá muera en este mismo instante. ¡Ojalá me desangre brutalmente y caiga muerta sobre tus pies en este mismo momento! Para que así cargues la culpa de haberme asesinado y de haber violado a Naoko hasta el final de tus días, hasta el momento en el que te pudras envenenada por tu locura y tu arrepentimiento como una mísera rata que perece entre la basura.

Rinko estaba petrificada. Ella. Sus ojos. Su kimono. La tetera. Su corazón. Toda su existencia estaba ausente e inmóvil. Su alma, asustada y reacia, se marchó como una gaviota que emprende su vuelo desde una piedra en la playa.

Midori, completamente presente y perturbadísima, aguantaba el dolor de los golpes y esperaba encolerizada a que Rinko hiciese algo, cualquier cosa.

—¿Qué esperas? ¡¿Qué mierda esperas?!

Midori gritaba increíblemente fuerte. Estaba quebrantada por dentro, su espíritu sufría una contusión.

—¡Mátame! ¡Mátame si eres tan correcta! ¡Asesíname si te dignas a llamarte mi amiga! Midori se abalanzó sobre los hombros de Rinko y comenzó a susurrarle de una manera tan suave como la marea.

—Eres una simple hipócrita que carece de la capacidad de diferenciar lo que quiere y lo que no. Yo... Yo no fui la que le infligió tal desgracia. Fuiste tú, Rinko. Y los sabes. Lo sabes con una certeza tan abrumadora que lo único que se te pudo ocurrir era infligirme daño a mí también. Me das vergüenza. Me das mucha...

Justo antes de que Midori pudiese finalizar su frase, Rinko abanicó impetuosamente la tetera una vez más hacia su semblante. Midori cayó abatida al suelo, convulsionó un par de veces y permaneció en total quietud.

Rinko vio cómo esta sucesión de eventos se presentaba sin inmutarse.

El frío de la noche seguía, las hojas del árbol del jardín se meneaban de un lado al otro, una luz cálida se escabullía entre el papel del muro, una rivera de sangre recorría los desniveles del tatami.

Rinko, ausente, consideró la idea de ordenarle a su corazón que dejase de latir perpetuamente para así acompañar a sus amigas en su sufrimiento.



Mención de honor

La muerte después de la vida

Por: Salomé Ríos
Colegio Colombo Británico

¿Alguna vez has pensado que un alma estaría mejor si no hubiera venido a la Tierra? Entre la vida y la muerte, ¿quién es el “bueno” y quién es el “malo”? ¿Qué pasa si hasta la Vida sabe que esta alma estaría mejor muerta?

—Vida, por favor, déjame llevar a este niño. Sabes que estará más seguro conmigo.

—Muerte, ¿qué te pasa? Tú siempre te emocionas cuando nace alguien y esperas con paciencia a que le llegue la hora de partir. Además, yo soy la Vida y la vida tiene que ser bella. Tu eres la Muerte. Si te sigues llevando las almas, incluso antes de que nazcan, nunca serás nada más que crueldad.

La Vida se veía más alto que la Muerte, ya que se consideraba superior. Claro, eso es lo que el mundo dice. Él es bello, y ella es mala. Pero ¿es la verdad? ¿No puede haber belleza en la muerte? La Muerte miró nuevamente al niño cuya existencia se volvería triste y desolada si la Vida se lo llevaba.

—Por favor —rogó la Muerte.

—¡Me da igual lo que tú pienses! ¡Yo soy injusto! Me es indiferente lo que le pase a un alma, siempre y cuando yo siga siendo adorado. Además, ¿tú qué crees? ¿Que tú eres su amiga? Tú no eres nada para él —dijo con vehemencia la Vida.

La Muerte se quedó callada, sin más argumentos. Miró rápidamente al alma, sabiendo que ya no había nada que hacer... ¿Su amiga? Retumbaba esta pregunta en ella.

—Lo siento —dijo la Muerte—. Nos volveremos a ver.

Como lo había predicho la Muerte, la vida del niño era horrible. Un par de años después de su nacimiento ya era un huérfano más. Sus padres habían muerto por la peste. Sus cuerpos se llenaron de ampollas y empezaron a toser sin control. Al ser un niño tan

pequeño, lo llevaron a un orfanato donde todos se morían, uno por uno. Por eso, al cumplir 7 años escapó del orfanato y solo se despidió de Clara. Ahora deambulaba por las calles tapizadas de muertos. No solo era un panorama desolador, el olor era aún más insoportable.

Así transcurría la vida del niño; vagando por las calles, sin pertenencias y sin compañía alguna. Trabajaba por algunas monedas de plata o algo de comida en el puerto y saludaba a su única protectora en el orfanato: Clara.

De vez en cuando, veía a la gente con unas máscaras muy extrañas y al ver el desfile de enmascarados sentía incertidumbre y soledad. Nunca lograba entender qué estaba pasando. Los únicos momentos en los que se sentía en paz eran cuando salía el arcoíris. En sus momentos más desesperados, los colores inundaban el cielo y eso lo calmaba.

La Muerte vigilaba a este niño constantemente, sin poder intervenir, sin poder ayudarlo. No era su papel... Al fin y al cabo, como le dijo la Vida, ella solo era crueldad y el concepto de amistad siempre había sido extraño para ella. Era una palabra que los humanos usaban para alguien en quien podías confiar y ayudar.

Tras ver silenciosamente el transcurrir de la primera década de la vida del niño, la Muerte supo que el niño necesitaba un amigo, un abrazo aliviador. Entonces hizo algo que nunca había hecho; bajó a la Tierra y, desde el momento que llegó, supo cuál era su propósito.

Un día como todos los demás, el niño regresaba del puerto cuando vio a una joven unos cuantos años mayor que él. Se le acercó lentamente y la saludó. Ella simplemente lo miró con unos ojos que lo dejaron sin palabras. Tenía un ojo de color verde esmeralda, el otro azul cielo y su pelo color zanahoria. La Muerte no sabía cómo decirle quién era para que él no se asustara, entonces simplemente le devolvió el saludo sin decirle nada más. El niño no fue capaz de determinar exactamente la edad de la Muerte. Podría tener 16, al

igual que 25. La Muerte le ofreció una rebanada de pan al niño, a lo que él le respondió que no tenía con qué pagarle. Esto entristeció inexplicablemente a la Muerte, ya que pensó que todo eso era su culpa, entonces extendió sus manos con el pedazo de pan.

Después de eso, niño y Muerte estuvieron juntos por horas; el niño contándole todo lo que le había pasado en su vida y ella escuchando silenciosamente. Para la Muerte era muy extraño sentir empatía, pero en este momento lo único que quería era escuchar al niño y aliviar un poco sus cargas. Para el niño también era muy extraño tener a alguien que lo escuchara con completo desinterés. Sentía que ella genuinamente se interesaba por su vida y eso lo hacía muy feliz. Mientras ellos dos conversaban, la Vida miraba a lo lejos con desconfianza. Él tenía que hacer algo para que el niño entendiera que no podía salir nada bueno de eso. Por lo tanto, apenas se fue la Muerte, se le acercó y le dijo:

—¿Qué crees que haces? ¿Acaso sabes con quién estabas hablando? Tienes que crear tu propia historia y no dejar que ella influya en tu vida. Quédate con los tuyos y aprovecha lo que tienes. ¡No vuelvas a hablar con ella! Solo te traerá cosas malas. Además, ¿tú crees que a ella le importa lo que pase en tu vida? Deberías estar agradecido por lo que tienes y no quejarte. Confía en mí, yo si soy tu amigo.

Y sin dejarle decir nada se fue. El niño se quedó pensando:

—Pero ¿quiénes son los míos?

Nunca había tenido a alguien en su vida para que lo escuchara, ni mucho menos que le diera comida gratuitamente. ¿Qué hacer? El niño no tenía nada y hasta ese momento no le había importado a nadie. ¿Cómo podría la primera persona que lo ha ayudado traerle cosas malas?

Al otro día, decidió ir a visitar a sus padres en la fosa donde estaban enterrados. Les contó que el día anterior dos personas lo habían

ido a buscar. Una mujer que le había dado comida y escuchado atentamente y un joven que fue a recriminarle por ese momento tan especial y feliz que había pasado. Él todavía no entendía qué había pasado, pero sabía que las intenciones de la mujer con la que había hablado no eran malas. Había algo en sus ojos que lo llevaba a confiar y a querer compartir con ella todo el tiempo que le fuera posible. Eran los momentos más humanos y tranquilos que había pasado en toda su tormentosa vida. Hasta Clara había sido arrastrada por la peste esa misma semana. Ese había sido el único momento donde se había sentido feliz y no deseaba ser solo un cadáver más en la calle. Con eso en mente, fue a buscar a la joven cerca al puerto.

Cuando la vio, inmediatamente se sintió mejor. Se le acercó y se sentó a su lado. Ella le devolvió el saludo con una sonrisa

—Hola niño, ¿cómo estuvo esta semana en el puerto?

El niño se sintió desconcertado, ya que él nunca le había contado dónde trabajaba o qué hacía.

—El trabajo estuvo bien, pero pasé por el orfanato y me enteré que Clara, la persona que me cuidaba, también murió.

—Lo sé —dijo suavemente la Muerte, por primera vez sintiendo remordimiento de llevarse un alma. En ese momento, el niño se echó a llorar. Ella lo abrazó y le acarició la cabeza suavemente. Él se sintió seguro en sus brazos y supo con certeza que estar con ella era todo lo que quería. Aunque apenas la conocía, se sentía más cómodo con ella que con cualquier persona. No le importaba quién fuera, era su amiga, más que sus papás, más que Clara. Podía confiar, le podía contar lo que fuera y lo consolaba o lo intentaba ayudar, le escuchaba. En ella veía un tipo de arcoíris, su pelo y sus ojos le provocaban una sensación de calma y seguridad.

—Tú, ¿quién eres realmente? —La Muerte suspiró—.

—Yo simplemente soy tu amiga.

—Quiero irme contigo —le respondió el niño.

La Muerte se quedó sorprendida y miró fijamente al niño. En sus ojos solo había determinación. Ella suspiró.

—¿Seguro?

La Muerte se dio cuenta que este niño la hacía sentir cosas que nunca había sentido y dudó sobre llevarse a su amigo o no. Sabía que su vida había sido muy mala y lo quería ayudar.

El niño, con lágrimas en los ojos, pero con una sensación de calma, tomó la mano de la Muerte y aunque la sintió fría, fue como si un arcoíris tocará su corazón. Después de eso no hubo ni enfermedad, ni soledad. Se despidió de la Vida y se fue con su amiga, su buena amiga.



Mención de honor

Un amigo muy particular, pero fiel

Por: Fabio Montoya González
Institución Educativa Fátima Nutibara

Me llamo Manolo y soy el amigo imaginario de Cody. O bueno, lo era. Les contaré mi historia.

Todo comenzó cuando Cody tenía tan solo 3 años. Desafortunadamente, Cody nació en una familia disfuncional y la mayoría del tiempo la pasaba en una guardería o con una niñera. En otras palabras, su madre no tenía tiempo para él. Supongo que por eso decidió crearme, para que no estuviera tan solo como él pensaba. Por suerte, me imaginó como a una persona cualquiera y no como algo particular y extraño, como suelen hacer los niños.

Durante los primeros años solíamos hacer todo juntos. Éramos los mejores amigos. Incluso, los primeros años de escuela estuvo a mi lado en todo momento. Yo le ayudaba con aquellas decisiones que para un niño eran difíciles, como qué color utilizar, qué comida escoger, con qué juguete jugar y qué película ver. Y bueno, a medida que Cody crecía, sus decisiones cambiaban. Comenzó a leer, a escribir y como la mayoría de personas de su edad, odiaba las matemáticas. Sin embargo, algo cambió en él. Ya no me necesitaba tanto como antes y eso me preocupaba.

Normalmente Cody y yo llegábamos de la escuela y veíamos nuestro anime favorito a la misma hora, pero un día uno de sus compañeros lo invitó a su casa a jugar y lo único que me dijo fue que nos veíamos en casa más tarde. Esa fue la primera vez que me separé de Cody. Esa tarde comencé a pensar sobre el hecho de que Cody me estaba olvidando.

Los años pasaron y ya Cody tenía 8. Las cosas cambiaron mucho. Ya no pasábamos tanto tiempo juntos, ya que las salidas con amigos se hicieron más frecuentes. Sus mejores amigos eran Valentina, Samuel, Sara y Andrés. Y yo... yo pasé a un segundo plano.

Un día, Cody le contó a su madre sobre sus nuevos amigos y me sorprendió que le haya hablado sobre mí también. Por un momento tuve esperanza. Infortunadamente, la reacción de su madre no la esperaba. Ella le contó a la maestra de Cody que tenía amigos imaginarios y la señorita Mejía le recomendó que comenzara un

tratamiento psicológico, además de que “debería pasar más tiempo con su familia y amigos que están en ‘la realidad’”.

Al principio Cody seguía creyendo en mí, pero se dejó manipular por las influencias de los psicólogos. El tiempo pasó y Cody se olvidaba de mí. Muchas veces trataba de hablarle, pero él me ignoraba.

A la edad de 12 años, Cody no me hablaba en lo absoluto. Ya no me necesitaba. Él tenía a sus amigos y su vida cambió radicalmente. Yo no entendía por qué seguía existiendo, porque seguía viéndolo y él podía verme, pero a veces dudaba de que pudiera hacerlo porque podía observar cómo iba desapareciendo lentamente.

Poco tiempo después noté que él se iba alejando poco a poco de sus amigos. Pensé que todo iba a volver a ser como antes, pero rápidamente me di cuenta de que estaba equivocado. Pasaba tanto tiempo absorto en el computador, ya sea estudiando, jugando o haciendo cualquier otra actividad, que se olvidó completamente del mundo que le rodeaba. Y no sólo se alejó de sus amigos y de mí, sino también de su madre. No volvió a las terapias psicológicas y al único lugar donde iba era a su escuela.

En un principio me preocupé bastante e intenté hablarle, pero me arrepentía cada vez que me ignoraba. Aunque sabía que muy dentro de él seguía creyendo en mí, así fuera muy poco, porque de lo contrario no había manera de que siguiera existiendo.

A lo largo de su vida, Cody fue una buena persona y tuvo buenos amigos. Sin embargo, en ciertos momentos se sentía solo, sin motivación y no quería hablar ni ver a nadie. Tenía muchas cargas dentro de él, su cabeza no dejaba de pensar. Estaba entrando en una crisis emocional, así que me decidí a hablarle. Por un momento se asustó, incluso pensó que era un fantasma, pero al detallarme, se dio cuenta quién era yo. Decidí hablar con él y ayudarlo como en los viejos tiempos.

Claro que me cuesta entender ciertas cosas, ya que hacía mucho tiempo que no interactuaba con Cody. Además, sus problemas ya no eran tan simples como cuando era niño. Afortunadamente, observé todos estos años como él actuaba. Le recordé esos buenos momentos de su infancia, con sus amigos, familia, entre otras relaciones que había tenido con diferentes personas. Y adivinen qué... ¡funcionó! Poco a poco, se fue recuperando. Nuestra relación se había creado nuevamente.

Cody nunca me olvidó. Él sabía que yo estaba ahí, pero no me necesitaba. Hoy puedo ver que él sabía que en algún momento necesitaría ayuda y que yo era el único que podría apoyarlo.

Recuperé a mi amigo y lo disfruté por mucho tiempo, hasta que una enfermedad lo atacó fuertemente: algo conocido como Alzheimer. Es una enfermedad muy peculiar. Era difícil ver cómo olvidaba todo poco a poco, hasta llegar a mí. Recuerdo la última vez que lo vi. Nunca olvidaré a Cody. ¡Lo extraño!, y espero que donde se encuentre, esté bien. Y a pesar de que me olvidó, yo nunca lo olvidaré a él.

¡Fin!



Categoría *La ciencia es todo un cuento*

11 a 13 años

Ganador

La luna de marfil

Por: Sara Cano Cardona
Colegio Leonardo Da Vinci

Su nombre era Violeta, un elefante de 10 años y uno de los pocos que quedaban de su especie. Nunca conoció a sus padres porque murieron cuando unos cazadores les quitaron sus colmillos para obtener marfil. En la Tierra quedaban pocos elefantes porque el ser humano, en los últimos años, se había encargado de cazar a cientos de ellos.

A Violeta toda su vida la crío una lechuza, un poco vieja, pero muy sabia. Ella conocía bien la causa de la muerte de los papás de Violeta y sabía que era la misma de muchos más elefantes en la Tierra. Por eso, desde que era menos vieja, decidió cambiar esa situación. Después de todo, “todas las formas de vida son importantes porque es lo que mantiene vivo al planeta”, decía ella.

El deseo más grande de Violeta era muy parecido: acabar con la masacre de los de elefantes y todos los seres vivos. La lechuza lo sabía y por eso decidió contarle a la pequeña elefante la historia de la Luna de marfil:

“Cuenta una leyenda que la Luna que alumbrá todas las noches oscuras en nuestro Planeta está hecha del marfil más puro del universo. Aquella Luna es capaz de salvar a todos los seres vivientes. Sin embargo, para que pueda hacerlo, necesitamos encontrar un árbol llamado Tule. Este contiene un hilo que, cuentan, es más

brillante que el oro. Con él, nuestros antepasados pensaban que podían amarrar la Luna y traerla hasta nuestro Planeta para que todas las formas de vida renacieran y florecieran de nuevo”.

Con esto Violeta se llenó de esperanza y de valentía para revivir a su especie. Comenzó entonces un viaje en busca del árbol Tule y el hilo. La lechuza y ella recorrieron lugares desde el Mar Muerto hasta el Mediterráneo, y después de un largo viaje llegaron a un bosque gigante. ¡Este bosque estaba lleno de vida! Tenía toda clase de colores, olores y texturas. Cada árbol era diferente: algunos eran pequeños, otros grandes, pero todos eran magníficos. Había flores de todos los colores y algunas eran rojas como la sangre que derramaban los animales por culpa de los humanos, y otras azules como el cielo, que nadie veía más si no salvaban el planeta.

Los animales también eran diferentes. Había grandes pájaros que volaban con libertad por el cielo e insectos muy pequeños, pero que con todas sus hermosas características se volvían gigantes. Y ahí, en la mitad del bosque, se encontraba el gran Tule. Sus hojas eran tan hermosas y grandes que hacían sentir vivo a cualquiera que las viera. En sus largas ramas caminaban los insectos y en su tronco se podía ver la salvación del mundo. Sin que ellas hicieran nada, de repente, se desprendió del tronco un hilo muy ligero y delgado, tan brillante que no se le podía mirar fijamente. Con él podrían traer la Luna de marfil.

Esperaron a que se hiciera de noche y como si el destino lo quisiera, la Luna de marfil estaba completamente llena y brillaba más que nunca. El cielo estaba repleto de estrellas que resplandecían con gran intensidad y el viento soplaba fuertemente. Entonces, el hilo comenzó a vibrar y empezó a elevarse junto con Violeta, que decidió amarrárselo a la trompa. Al verla subir, la lechuza voló junto a ella. Se elevaron y elevaron hasta llegar a una altura en la que podían ver todo el Planeta. Violeta lo veía con mucha tristeza y, al mismo tiempo, alegría. Por un lado, veía el humo que generaban las

fábricas que habían contaminado el aire y la gran cantidad de basura que había deteriorado el agua de la Tierra, pero por otra parte ahí estaba la naturaleza que cada día luchaba por sobrevivir y los lagos, ríos y mares que aún hidrataban a los humanos, aunque ellos los destruyeran cada día más. Esa lucha por sobrevivir le producía un gran sentimiento de alegría.

Cuando estuvieron tan cerca que casi podían tocar el marfil, el hilo amarró a la Luna y esta se volvió tan chiquita que no se podía ni ver. Así, la bajaron hasta la Tierra y, al llegar al suelo, la Luna lanzó un gran resplandor que llegó a cada rincón de la Tierra. De repente, todo renació: el agua era pura otra vez, las flores abrieron sus capullos y cuando menos se lo esperaban comenzaron a llegar una gran cantidad de elefantes y animales que ya se habían extinto o estaban a punto de hacerlo; el aire se sentía limpio y en el corazón de cada humano había paz y un nuevo inicio en el planeta Tierra, un lugar en el que no habría más masacres ni sacrificios de la naturaleza. Después de todo eso, la Luna volvió a su lugar como si nada hubiera pasado...

Sin embargo, esto es solo un cuento de fantasía. Debemos dejar de buscar la solución a los problemas de nuestro Planeta en otras partes porque la solución está en nosotros mismos y porque nunca vamos a poder bajar la Luna a nuestros pies.



Categoría *La ciencia es todo un cuento*

11 a 13 años

Mención de honor

El proyecto que cambió la vida de Tomás

Por: Érika María Alzate Sánchez

Instituto Parroquial Nuestra Señora de la Presentación de Girardota

Había una vez dos amigos, Tomás y Sofía. Un día, en la clase el profesor les puso a hacer un proyecto sobre la ciencia. En el descanso, Tomás se sentó con Sofía y le dijo:

—Que aburrida la tarea que nos puso a hacer el profesor ¿no?

y Sofía le respondió:

—No lo sé, es un tema relevante.

—Pero ¿para qué sirve la ciencia?

—Mira Tomás, se puede decir que la ciencia sirve para cuatro cosas: clasificar, explicar, predecir y controlar.

—¿Qué? ¿Clasificar, predecir y controlar? No entiendo.

—Bueno Tomás, con clasificar quiero decir que nos ayuda a entender mejor las cosas, da orden a lo que observamos. O sea, nos ayuda a ver con más profundidad.

—¿Cómo así que ver con más profundidad? Sofía...

—O sea, a ver lo que no vemos a simple vista.

—No te estoy entendiendo.

—A ver, cómo te explico. Por ejemplo, a aceptar que estás enamorado de Violeta, a entender, a ver más profundo, a escuchar tu corazón.

—Ahora te entiendo, pero no tenías que usar ese ejemplo.

—Me quería vengar porque no te hiciste conmigo hoy.

—Bueno, continua con la otra que era explicar.

—Esta segunda palabra nos dice que hay que considerar esencial en la actividad científica la generación de hipótesis que permitan darle sentido a lo observado y comprenderlo.

—Bueno

—Continúo. La siguiente es predecir y nos dice que el potencial asombroso de la ciencia se manifiesta cuando genera conocimiento de lo que todavía no sucede, o sea, se aplica no solo para saber lo que sucederá sino para modificar el destino.

—O sea que si predigo que, al confesarle todo lo que siento a Violeta ella me ignorará y se va a ir con Max, yo puedo cambiarlo.

—Jajaja, sí Tomás

Tomás se sonroja tras decirle:

—Bueno, continúa

—Controlar el destino desata muchos problemas porque al modificar la naturaleza podemos cometer errores y causar daño a otras personas. Por ejemplo, si tratas de que Violeta no se enamore

de Max la puedes lastimar y en vez de estar contigo te va a odiar toda su vida.

—Guau, ya comprendí. Con la ciencia podría arreglar mi vida, que es increíble, pero puedo arruinarla, que suena terrible.

—Sí Tomás, la ciencia te trae muchas ventajas, pero a la vez algunas desventajas.

—Bueno, ya que me explicaste qué es la ciencia y para qué sirve, nos podríamos ayudar para hacer el proyecto ¿no?

—Mmm... no lo sé

—Porfa, di que sí

—Bueno, bueno, isí!

Tomás la abraza diciéndole:

—¡Sí!, gracias, gracias

—Bueno, suéltame

—Sí, perdón

Suena el timbre para entrar a clases y los dos se van.

En la tarde, Tomás se va a la casa de Sofía para hacer el proyecto y al otro día en clases Sofía y Tomás sacaron las notas más altas en el salón. A partir de ese día, Tomás decidió que de grande quería ser científico.

Años después, Tomás se convirtió en el científico más famoso que pudo existir, después de predecir que iba a caer un meteorito en la Tierra, al lado de su amiga de toda la vida: Sofía.

Violeta se quedó con Max y todos vivieron felices para siempre.

¡Fin!

Categoría *Ciencia en dibujo*

11 a 13 años

Ganador

Nicolás González Vásquez

Colegio Colombo Francés



Mención de honor

Valeria Eslava Bedoya

Colegio La Enseñanza



Mención de honor

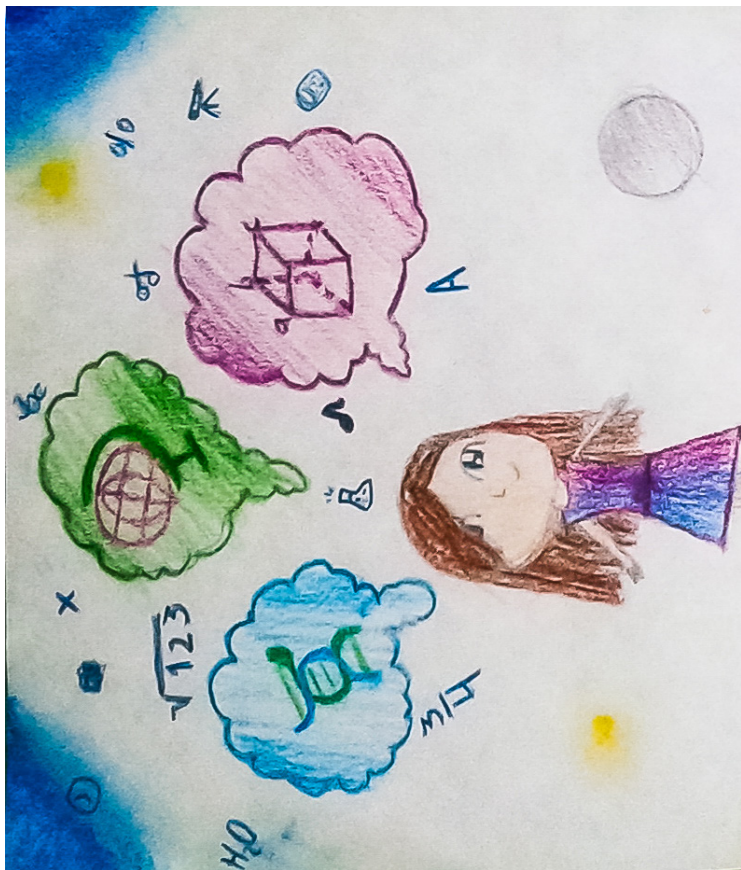
James Federick Smith
Ojeda

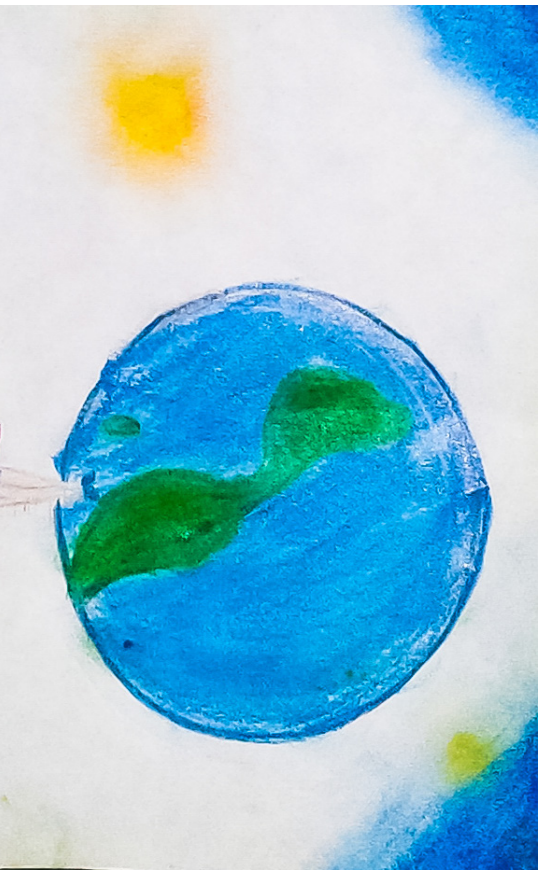
Institución Educativa Francisco Antonio Zea - Sede Escuela Pedro
De Castro





Nicolás González Vásquez - Ganador





Valeria Eslava Bedoya - Mención de honor

CIENCIA ES AYUDAR A CUI



DAR MI PLANETA



James Federick Smith Ojeda - Mención de honor



Universidad de los niños EAFIT

Centro Cultural Biblioteca Luis
Echavarría Villegas

Pregrado en Literatura, Departamento de
Humanidades

Más información
www.eafit.edu.co
Teléfono 2619500
uninos@eafit.edu.co



@eafit



@universidadeafit



@eafit



ueafit

